Edurne Portela

Mejor la ausencia

Galaxia Gutenberg

EDURNE PORTELA

Mejor la ausencia

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2017

© Edurne Portela, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15448-2017
ISBN: 978-84-17088-12-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Lo encontraron muerto en una suite del hotel más lujoso de Bilbao. Estaba tumbado boca arriba en la cama, con el torso y los pies desnudos, calzoncillos blancos y unos pantalones rojos enroscados a la altura de sus pantorrillas. Tenía los ojos abiertos, también la boca. Había botellas vacías de vino, champán y coñac repartidas por la habitación, restos de comida en el suelo, tabletas vacías de somníferos en la mesilla, encima de la cama, en el baño.

No dejó ninguna nota. En su teléfono móvil había registradas varias llamadas perdidas. Todas a la misma persona: Amaia Gorostiaga, su hija.

PARTE I
(1979-1992)

1979

Jugamos a los papelitos. Aita escribe Kepa en uno, Aitor en otro, Aníbal en otro y Amaia en otro. Los hace bolitas y los mete en la gorra. Ama se pone un pañuelo en los ojos y aita mueve la gorra y ama no la encuentra. Nos reímos mucho. Ama coge la gorra y mete la mano dentro y saca la primera bolita. Se la da a aita y aita abre la bolita y grita ¡Aitor!, y el tato salta y dice ¡me toca, me toca! Ama vuelve a buscar la gorra, pero aita no le deja meter la mano y está así mucho rato. Y el tato Kepa dice jo, aita, para ya. Aita se para y ama mete la mano en la gorra y saca otra bolita y se la da a aita. Aita la abre y grita ¡Amaia!, y yo salto y doy chalos. Pero Kepa me da una patada y aita no lo ve y ama tampoco porque todavía tiene el pañuelo. Yo lloro. Entonces aita se enfada y Aníbal dice qué mierda, a mí no me tocó ir la última vez. Entonces ama le dice que mala suerte y que no diga palabrotas. Y Aníbal y Kepa dicen que no se quieren quedar con la abuela, que ellos también quieren ir, que también están de vacaciones. Y aita dice que se callen y nos vamos todos a la cama. Mañana hay que madrugar. Aita me dice que me va a despertar y me va a comer la tripita y darme cosquillas. Ama está contenta.

Está todo muy negro. Ama ha cerrado mi puerta. Cuando está aita, cierra. Hacen ruidos. La abuela me ha enseñado a

contar ovejitas. Una ovejita, dos ovejitas, tres ovejitas. Me abrazo a Buni. Kepa dice que si se me sale un pie de la cama, el monstruo me lo coge y me lleva a su cueva. No puedo bajar de la cama sin luz porque sale el monstruo. Pero si salgo corriendo corriendo y abro la puerta y me subo a la cama de ama, entonces no le da tiempo a cogerme. Pero aita se enfada. Cuando no está aita, lo hago. Y ama me abraza y dormimos juntitas. Pero hoy está aita y si se enfada mañana no me hace cosquillas. Y no me lleva de excursión. Y le dice a ama que soy mala. Y ama se pone triste. Cuatro ovejitas, cinco ovejitas. El tato Aníbal me ha dicho que ha matado al monstruo. Pero Kepa dice que lo ha vuelto a ver. Seis ovejitas, siete ovejitas, ocho ovejitas. El tato Aníbal le ha pegado un coscorrón y le ha dicho mentiroso. Nueve ovejitas, diez ovejitas, once ovejitas, quince ovejitas, una ovejita. Y el tato Aníbal es el más grande, más grande que Aitor y mucho más grande que Kepa. Dos ovejitas, tres ovejitas... El tato sabe.

Aita me despierta con pedorretas en la tripita y yo me río mucho y le doy en la cabeza con mi Buni. La leche con galletas está muy caliente y ama me dice que me dé prisa, que aita se va a enfadar. Pero aita no se enfada. Ama me pone el vestido de flores y aita me dice princesa. Esperamos a la abuela porque si no, no nos podemos ir. Dice que Aníbal es un... es un... que es malo y que Kepa no le hace ni puto caso. Ama le dice madre, la niña, y la abuela dice que perdón y que soy muy lista. No me contesta cuando le pregunto la palabra que no he entendido. Nos vamos y ellos se quedan enfadados. Con aita jugamos a las carreras. Cuando adelanta le gritamos ¡pisa aita, pisa! A ama no le gusta el juego. Llegamos a las casetas donde están los señores con las metralletas. Ama se da la vuelta y nos dice que estemos callados. Yo le pregunto por qué. Aita saca los cuadernitos y se los enseña al señor. Otro señor se acerca a la ventanilla de ama y mete la metralleta dentro. Ama le dice por favor, hay niños. El

señor no dice nada y nos mira. Aitor le saca la lengua y el señor le dice a mi madre algo de Aitor que no entiendo pero es una palabra fea porque aita le insulta después, le dice algo de puto pero el señor ya no le oye porque nos hemos ido. Ama le riñe a Aitor, pero aita dice que ha hecho bien. Llegamos a casa del tío Josu y aita saca muchas cosas del maletero. El tío está muy contento y sus amigos los señores de las barbas también. El tío Josu me acaricia la cabeza y me dice que cada día estoy más guapa y más mayor. Y que cuántos añitos tengo. Yo le digo que cinco. Aita le dice a ama que nos lleve al jardín a jugar. Ella nos dice que nos vayamos, pero aita le dice que ella también se vaya. Ama ya no está contenta. Me riñe porque me ensucio con la tierra y el verde. Lloro. Después comemos con el tío Josu y los señores. Me aburro. Aitor está jugando a tirar monedas a una rana con un señor y a mí no me dejan jugar. Aita está en una habitación con el tío y me dice que me vaya y busque a ama. Pero ama no me hace caso. Está en el jardín dormida con un vaso en la mano. Me da miedo ensuciarme si juego con la tierra. Me siento en una silla muy alta y la miro. Ama es guapa. Me gusta mucho su pelo rojo. De mayor lo quiero tener como ella. Pero el mío es negro. Y ama me lo corta. Y el suyo es muy largo. Aita a veces la llama leona. Y ama se ríe. Otras veces la llama cosas malas. Y ama llora mucho. Entonces aita no duerme en casa y yo me meto con ella en la camita.

Pasa el rato. Aita viene y dice que nos vamos a comprar cosas para cuando vengan los Reyes Magos. ¡Qué bien! Pero ama no se despierta. Aita le pega un cachete y ama se asusta. Aita la riñe y ama no dice nada. Nos despedimos del tío Josu y de sus amigos. Nos vamos y compramos muchos chocolates y quesos y también muchas botellas para aita y ama. Y nos vamos a casa. Los señores de las metralletas le vuelven a pedir a aita los cuadernitos. Aita les dice una mentira, que no ha comprado nada. Yo le pregunto por qué. Ama le dice

que un día le van a pillar. Aita le dice que se calle. Ama le pregunta algo sobre el tío Josu. Aita le dice otra vez que se calle. Ya no jugamos a las carreras. Me quedo dormida y aita me lleva a cuchus a la cama.

***

Esta noche llegan los Reyes Magos. Aníbal viene a sacarme de la cama. Aita y ama están dormidos. No nos oyen. Salimos despacito de la habitación. Vamos al salón a escondernos. Los tatos están ya ahí. Estamos los cuatro mirando por los cristales de la puerta. Pili nos reñirá por dejar los dedos marcados.

–Ssshhh, me dice Kepa.

–Ssshhh, le digo yo.

–Ya vienen, les oigo, dice Aníbal.

Estoy muy nerviosa. Hay sombras muy grandes detrás de la puerta. Están en el pasillo. ¡Los Reyes Magos están en el pasillo! Huele raro. Son los camellos. Si se hacen caca en el pasillo Pili también se va a enfadar. No le gusta limpiar caca. Quiero abrir la puerta, pero Aníbal me coge muy fuerte.

–Quiero verlos.

–No, que se enfadan y no dejan los regalos, me dice Aníbal.

–Pero ¿por qué? Quiero verlos.

–Que no, tonta, que no podemos, me dice Kepa.

Hacen ruidos en la salita de jugar. Seguro que están dejando los regalos. Cuánto tardan. Ay, ya vuelven las sombras. Se paran delante de la puerta.

–Me hago chis, digo bajito.

–Shhhh, calla, meona, me dice Kepa.

–Espera, tata, que ya se van. ¿Habéis oído la puerta?, dice Aitor.

–No, digo yo.

–Yo sí, dice Kepa. Se han ido. ¡Vamos!

Hace una mañana de otoño muy bonita. Es sábado. Cojo el tren y me acerco hasta Bilbao. Ama se ha ofrecido a acompañarme, pero a mí me apetecía ir sola. Luego se pone a mirar escaparates y a entrar en tiendas y no me queda suficiente tiempo para recorrer tranquila la sección de novedades de mi librería favorita. Llego a Abando y bajo a las siete calles. Antes de ir a la librería entro en el Boulevard para tomar un café con leche y un pincho de tortilla. Me imagino tertulias decimonónicas o de intelectuales de los años treinta, de antes de la guerra, claro. El presente no da para demasiadas ensoñaciones: madres con niños gritones, camareros ruidosos que tiran los cacharros a diestro y siniestro sólo para molestar, hombres hablando a gritos del partido de anoche. Esta gente no pega nada en un sitio tan bonito. Me marcho enseguida. Voy paseando hasta la librería. Según me voy acercando al escaparate veo que está lleno de pintadas con tinta roja y amarilla: «fachas», «españoles» y la diana de siempre. A cada lado de la puerta, dos hombres corpulentos como armarios, vestidos con chaqueta, están plantados en posición marcial. Me detengo a pocos metros. Veo que varias personas pasan por delante sin mirar al escaparate o a los escoltas. Una mujer, supongo que con las mismas intenciones que yo, se ha parado delante de la puerta, se ha dado la media vuelta y se ha ido. Otra se acerca, se lleva la mano a la boca, y entra saludando a los hombres. Yo sigo parada. Uno de los escoltas me mira, me sonríe un poco y me hace un gesto con la cabeza, como para que entre. Me doy la vuelta y, yo también, me voy.

***

Llego a casa después de dar un garbeo con la cuadrilla. Oigo la voz de ama. Está hablando por teléfono. Se ríe. Hacía tiempo que no la escuchaba reírse así. La veo desde el pasillo. No se ha dado cuenta de que he entrado en casa. Tiene una carcajada muy bonita, muy sonora pero nada estriden-

te, limpia; echa la cabeza hacia atrás y se le alarga el cuello que ya de por sí es largo y fino. A diferencia que yo, nunca se tapa la boca al reírse. Siempre me han dado envidia sus dientes, tan alineados y perfectos. Yo por desgracia he heredado los de aita, grandes y algo torcidos. Me acerco poco a poco. No quiero interrumpirla. Justo cuando estoy llegando se despide.

–Agur, agur, un beso.

–...

–Sí, sí, un beso cariñoso.

–Hola, ama.

–Ay, hija, no te he sentido llegar.

Tiene la cara alegre, relajada. Sigue con una sonrisa en los labios.

–Cómo te reías, ama. ¿Con quién hablabas?

–Con tu padre.

Mi cara de sorpresa hace que se le amplíe la sonrisa.

–Sí, hija, con tu padre. A veces es tan gracioso...

–No... no conozco esa faceta suya.

A ama se le va apagando la sonrisa. Se sienta en el sofá y me hace un gesto para que me siente con ella. Lo hago.

–Es que al ser la pequeñita, te tocó lo peor. Pero no siempre fue así.

Ama está parlanchina. Desde que dejó de beber se comunica mucho más conmigo. Me cuenta que cuando conoció a mi padre era un hombre muy alegre. Algo tarambana –siempre le gustó mucho la fiesta, me dice–, pero cariñoso y con una personalidad arrolladora. Todas las chicas andaban locas detrás de él –no me lo imagino, tan bajito, calvo y gordo, le digo–. Mi madre defiende que entonces iba siempre como un pincel; más alto no era, claro, pero era delgadito y tenía una mata de pelo rizado muy graciosa. Además abogado, un chico ambicioso –todas andaban locas por él, repite–. Pero conoció a mi madre y se enamoró de su melena de leona y sus piernas largas y delgadas. Le encantaba organizar comidas con sus tres amigos de la carrera y sus mujeres, re-

correr las sidrerías, los mejores restaurantes de la zona. Eso sí que me lo creo. Me cuenta que en una de esas excursiones, antes de llegar a una sidrería de Tolosa, se encontraron con unos músicos que iban de romería. Mi padre empezó a bailar con ellos, a empujar a la cuadrilla a seguirles, bailando por las calles. Se lo estaban pasando tan bien que al final mi padre invitó a todos los músicos a comer y siguieron la fiesta hasta las tantas de la madrugada en el restaurante. Como estaban completamente borrachos no podían coger los coches, así que los músicos se llevaron a cada pareja a dormir a una casa.

–Así era tu padre.

–No me lo imagino, la verdad.

–Entonces teníamos buenos amigos.

–¿No guardas relación con ninguno, por lo menos con las mujeres?

Mi madre niega triste con la cabeza. No le queda nada de la alegría que tenía al empezar a contarme esta historia. Me doy cuenta de que la única compañía que tiene mi madre es la de mi abuela. O la mía. Nunca había pensado que ella también pueda necesitar una amiga.

–Igual deberías apuntarte a algún curso en el ayuntamiento, ama, de esos que dan para mayores, o a gimnasia, salir de casa un poco más.

–No sé, hija, a saber con quién me voy a encontrar ahí.

1990

Entro en clase después de la reunión de delegados. Tengo que anunciar que Jarrai ha convocado una huelga para el viernes. La clase tiene que votar si la secundamos o no. Y después tengo que llevar el voto a la reunión de las tres. Para qué me meteré en estos marrones. La clase está alborotada, todos hablando a gritos.

PARTE II
El regreso (2009)

Las casas son un poco como las personas. Según envejecen, queda la estructura de lo que fueron, los rasgos reconocibles a pesar de la debacle del tiempo. La casa de mi madre, después de todos estos años, está ajada y entera a la vez. Como ella. Como yo. Me abre la puerta y, durante unos segundos, no sabemos qué hacer. Le doy dos besos y al cogerla de los hombros siento su fragilidad, también la sensación de tener que agacharme más que la última vez que la vi. Se ha aclarado un poco el pelo, ahora lo tiene casi rubio, lo que le da un aire más natural que cuando lo llevaba teñido de caoba. Ha perdido la coquetería de mujer que quiere aparentar ser más joven y eso le otorga una dignidad que igual hace años no tenía. O que yo no veía. Está delgada pero tiene un aspecto sano, de mujer que pasea y toma el aire, que cuida su alimentación, que tiene una vida tranquila; representa justo los sesenta y cinco años que tiene. Con la mierda de vida que ha llevado, ahora, de mayor, se la ve mucho mejor. Se aparta un poco de la puerta para que entre. Por debajo del aroma a café distingo un olor que podría ser de alfombras gastadas y muebles antiguos, pero que aquí reconozco como el olor de la casa de mi madre. Me sorprende, como cada una de las pocas veces que he vuelto, lo pequeño que es el hall, lo cerca que está la puerta del salón por la que entreveo el viejo sofá y los pesados muebles de nogal. Mi madre se adelanta y echa a andar por el pasillo. La pierdo unos segundos en el ángulo de noventa grados que lleva a las habitaciones y la cocina.